



Publica o perece

El Papel de los Científicos y Escritores en la Selección de las Obras de Lectura de la Educación Básica de México

La polémica que hace alrededor de tres años suscitó la selección de libros para las bibliotecas-aula de las escuelas de educación básica de México entre la comunidad de escritores, quienes se quejaron amargamente de que las obras no fueron escogidas —por la Secretaría de Educación Pública (SEP)— con “criterios literarios y nacionalistas”, y que esa falta de visión vendría en detrimento de la educación de los estudiantes, permitió advertir, al propio tiempo, lo nada participativa que se mostró la comunidad científica mexicana en asunto tan importante para la nación; pues mientras que los escritores reclamaban un supuesto derecho a elegir las obras de lectura de las nuevas generaciones, los científicos, a juzgar por su silencio, consideraron eso como problema ajeno.

Y es que en México, la mayoría de las personas que se dedican a la investigación científica escriben y publican los resultados de sus estudios para que los lean sus colegas y no para que el público se entere de lo que hacen, lo cual se entiende por el aparente alto grado de complejidad de muchos de sus trabajos; mientras que los escritores crean su obra pensando en el público.

El científico y el escritor se parecen en que ambos tienen sociedades gremiales donde se agrupan para discutir y decidir sobre aquellas cosas que les suceden, ya sea entre ellos mismos o frente a la sociedad, y que los benefician o los perjudican; y también, en que tienen sistemas de compensación que los

premiar económicamente —es decir, que se reconocen a sí mismos— por la cantidad y calidad de la obra producida.

El científico y el escritor se distinguen por la forma de trabajar y la sustancia que emplean para su desempeño. El primero se plantea preguntas sobre la naturaleza de ciertas cosas del mundo que le interesan y, con determinados procedimientos exactos, trata de responderlas. La materia prima que utiliza para esto son los propios hechos. El segundo no necesita nada más sofisticado que su propia imaginación, y de equipo le basta con el lápiz y el papel. La materia que utiliza son sus sueños, ocurrencias, su interpretación personal de las cosas que le rodean y mucha creatividad. Sin embargo, al final de la jornada los dos difunden sus ideas, unas basadas en la recreación de la forma y funcionamiento de las cosas, otras inventadas y posiblemente no existentes más allá de la imaginación del autor.

Entonces, si tanto unos como otros escriben sus ideas y las publican, ¿a que se debe que el gremio de los escritores se haya sentido tan agraviado por la SEP, y el de los científicos no? La respuesta es, a todas luces, a que los intereses de los escritores fueron afectados y los de los científicos no.

Es decir, la sociedad de escritores no solo fue ignorada por la SEP, como seguramente también pasó con la Academia de Mexicana de Ciencias, sino que la obra colectiva de sus agremiados fue dejada de lado favoreciendo la de los

autores extranjeros —aquí es donde defendían eso de la “mexicanidad” o la pérdida de una identidad nacional por inducir a leer españoles o franceses—; y esto, a su decir, se hizo a partir de criterios económicos.

A los científicos ni les fue ni les vino ese asunto porque, en su mayoría, salvo muy contadas excepciones (como Ruy Pérez Tamayo y Marcelino Cereijido), raramente preparan obras de divulgación científica; por lo común, su audiencia es de su propio nivel académico y científico. Cuando escriben libros, generalmente los destinan a estudiantes y maestros universitarios —libros de texto—, o a quienes ejercen la práctica profesional —obras de consulta—. De tal forma, la selección de libros no les afectó porque ellos se mueven en una sintonía editorial diferente a la de los escritores de literatura.

Pero esto también nos muestra otro serio problema, que el esmero de los científicos mexicanos es hacia el interior de su gremio, principalmente el internacional, motivo por el cual desatienden a la gente que está fuera de órbita. Por su actitud, pareció no interesarles si los niños de primaria y secundaria tendrían en sus bibliotecas-aula libros de ciencia, ni que tipo de libros habría, ya que sí se contempló tenerlos.

Esto es importante porque el interés y la vocación por la ciencia muchas veces nacen de la lectura o son fomentados por ella. Por esto, no es raro encontrar grandes obras de divulgación en países que realizan ciencia avanzada, ni científicos famosos que —a la vez que hacen investigación y publican sus resultados en las revistas especializadas— escriben obras para jóvenes, materiales

cuyas lecturas pronto se convierten en textos obligatorios en la escuela, y que al poco se transforman en clásicos.

No es de extrañar entonces, que los novelistas, cuentistas, ensayistas, poetas y dramaturgos mexicanos se sientan como los únicos con derecho a opinar sobre el contenido de las bibliotecas-aula, pues los científicos difícilmente llenarían con obras propias de divulgación, que prácticamente no han producido —como casi tampoco han escrito libros de texto—, los estantes de los libreros escolares.

Es decir, en la educación básica del país, el científico mexicano ha dejado voluntariamente y de doble manera el nicho vacío: una, de forma material, permitiendo que lo ocupen obras de divulgación científica de autores extranjeros —lo cual tampoco está mal, pues hay excelentes libros que al menos deben conocer los niños—; y otra, de forma moral, que tiene que ver con su responsabilidad ante la sociedad mexicana, que, en este asunto, ha sido ocupada por entero por la sociedad de escritores.

Por eso, no es de extrañar que los escritores se sientan los dueños del terreno y los únicos capaces de señalarle a la SEP, con plena autoridad moral, que se la han ganado a pulso, qué libros de literatura son los que mejor convienen a las clases de lectura de los niños mexicanos. De paso, ganan espacio y reafirman su posición ante la sociedad a la que pertenecen.

publicaoperece@yahoo.com

